

Francisco Amunátegui

Francis Carco en la Academia Goncourt

(Especial para «Atenea»)



N reemplazo de Gastón Chéreau, fallecido en el mes de mayo del año próximo pasado, la Academia Goncourt ha designado a Francis Carco. Se sabe que esta Academia, fundada por Edmond y Jules de Goncourt, tiene por principal misión la de acordar anualmente un premio literario y que se compone de diez miembros entre los cuales son ahora los más célebres Lucien Descaves, León Daudet, Rosny Ainé y Roland Dorgelès. El que entra a la «Casa de los Goncourt», sacrifica voluntariamente sus probabilidades ulteriores de formar parte de la otra Academia, la grande, la Academia Francesa: así lo quiere la tradición, y más de una vez ha ocurrido que un escritor de renombre, solicitado para formar parte de la Academia Goncourt, rehusa en forma muy amable, declarándose indigno de tan alto honor: este exceso de modestia no engaña a nadie, pues se sabe que el escritor abriga ambiciones más elevadas.

Carco habrá, seguramente, reflexionado con melancolía que queda impedido ya para ir a encontrar en el Quai de Conti, a su íntimo amigo, «el inmortal» Pierre Benoit, a quien una larga serie de libros, que según los críticos actuales más influyentes, son todos falsos, artificiales y vacíos de sentido, no lo señalaban particularmente para tomar asiento, con uniforme verde, al lado de un Paul Valery o de un Bergson.

El destino literario de Francis Carco, es de interés, pues está dominado por la obsesión de seguir las huellas de François Villon, el genial poeta Francés del siglo XV, autor del «Grand Testament» y de la inolvidable «Ballade des Dames du Temps Jadis», poeta maldito que la policía perseguía, que varias veces estuvo muy cerca de la horca y que perdía sus más bellas cualidades, viviendo entre asesinos y ladrones, compartiendo sus riesgos, tomando su parte en el botín y haciendo la corte a sus inquietantes compañeras. Parece bien inútil explicar que Carco no tiene la pretensión de morir guillotinado y que, aun antes de ser académico, no ha sido autor ni cómplice de ningún delito, pero lo que lo atrae a Villón, es la mezcla de poesía y de inquietud, la vida atormentada, el espectáculo de un artista que ha dado a la literatura algunos de sus versos más hermosos y más puros, y que se envilece en los centros sórdidos de la ciudad, sintiéndose feliz al encontrarse entre sus temibles amigos, que jamás tuvieron idea del hombre que se placía entre ellos. Por lo demás, los poetas malditos forman una raza, como si

cierta forma de arte no pudiese florecer sino en el peligro o en el vicio. Anatole France, ha consagrado un estudio a cinco o seis de estos poetas, pero hay otros más conocidos aún, bastará citar al delicado Restif de la Bretonne, en el siglo XVIII y, más cerca de nosotros, a Verlaine y a Rimbaud que siempre vivieron en medio del peligro y que han dejado obras maestras.

Francis Carco comenzó como poeta, por pertenecer a la escuela que aun ahora es llamada «Ecole Fantaisiste». Tuvo como amigos a Jean-Marc Bernard, Jean-Victor Pellerin, autor de una hermosa «Romance du Retour», y al más famoso de todos, Jean-Pierre Toulet, fallecido hace quince años y cuya obra aun no ha conquistado en la historia literaria el lugar importante a que tiene derecho. Pronto Carco se separa, literariamente, al menos, de sus agradables amigos que le enseñaban el secreto de ser feliz y de cantar canciones tiernas, burlándose de sí mismos y de su pudor. Ya comienza para Carco la influencia del gran Villon. Jean-Pierre Toulet reunía a sus amigos en un café de los Campos Elíseos en el que desarrollaban interminables discusiones sentados en suntuosos sillones forrados en cuero, servidos por camareros vestidos de blanco. Villon se habría encontrado molesto con tanto lujo: Carco se encamina, pues, hacia un medio menos tranquilo.

Fué en ese medio donde descubrió mujeres y hombres de mala vida, y fué también para él el descubrimiento de la gloria. Carco puso a la moda a esos jóvenes

que se visten con trajes de colores llamativos, con un pañuelo brillante alrededor del cuello y que esperan todo el día, jugando al naípe en cafés tranquilos que «Madame» vuelva de la calle con el dinero de su trabajo. París se entusiasmó con las descripciones de este medio, con las costumbres rudas, pero leales, según lo afirma Carco, y con ese lenguaje especial que nuestro autor se asimiló maravillosamente, y que fué el elemento más pintoresco de su arte. Es la época brillante de «Jesús-la-Caille», su primer gran libro, de «L'Equipe», de «Innocents». Todo esto se considera ahora algo inferior, por culpa de los temas mismos (se necesita el genio de un Villon, para inmortalizar a sus compañeros de aventuras), pero, una vez admitido el género, género pequeño, repitámoslo, es imposible no sentirse atraído por la descripción de esas excursiones en un mundo nuevo y es esto, creemos lo que le agradó a Carco: en plena ciudad, a algunos metros de los centros más conocidos y más animados, se penetra por una pequeña calle mal iluminada, se empuja una puerta y se encuentra bruscamente en otro país en el que reinan leyes y costumbres distintas. Hay una especie de placer prohibido en esas frecuentaciones equívocas, en vivir, leyendo las doscientas páginas de su libro, con héroes para quienes la pereza y la inmoralidad son las dos únicas reglas de conducta, placer malsano, por cierto, baño de barro, pero, aseguran, alivio necesario para los ideales y los sueños ocultos. No hay que recurrir al «sicoanálisis», para explicar estas simpatías

que pueden parecer misteriosas, y así Carco fué leído siempre por un número siempre en aumento de lectores, seguros de haber encontrado en él un guía concienzudo y, lo que es muy importante, que no podría jamás confundirse con los autores anónimos de los libros pornográficos.

Era interesante también seguirlo fuera de su ciudad de París, e ir, por ejemplo, a España, con «Printemps d'Espagne», de donde trajo una obra absolutamente diferente de las que han escrito sobre el mismo país otros autores. Con él nada de Greco en Toledo, nada de Velásquez en el Prado, ni de Giralda en Sevilla, ni de Valdés Leal, pero sí, por medio de enigmáticas recomendaciones y de la protección de una especie de asociación internacional de muchachos diablos, el mundo íntimo y misterioso de toreros, de mujeres, de bailarines, ellos, siempre ellos, pero en otra decoración, bajo otras iluminaciones, con descripciones maravillosas del despertar al alba las ciudades de Andalucía.

Es de interés recorrer Europa, siguiendo a este demonio familiar, pero llega un momento en que es más agradable encontrarse en su ciudad y en su casa, después de haber visto, conocido y agotado todo. Es el inevitable peligro de estas aventuras y ahí está el verdadero drama de un Francis Carco. Una vez disipadas las audacias de la juventud, con el deseo de huir de los seres demasiado conocidos, viene la dificultad del esfuerzo que debe ejercitarse. Francis Carco nació para darnos a conocer a Jesús-la-Caille y a sus com-

pañeros; con otros personajes y otros temas, habría encontrado dificultades. Y es lo que ha sucedido: se sintió fatigado con sus personajes favoritos y quiso entregarse a la literatura elevada, tratando conflictos fisiológicos, novelas mundanas, adulterios de grandes damas, los temas de Bourget, de 1930. ¿Lo tentó en ese momento el miraje de los honores académicos? ¡Villon en la Academia Francesa! Los manes del Cardenal Richelieu han debido estremecerse.

Vino, pues, la época de una serie de libros serios, demasiado tal vez, que no podían traer nada nuevo y sólo en raros momentos, escenas en dormitorios cerrados, lluvias monótonas, deseos apenas formulados, paseos nocturnos, y ahí se volvía a encontrar al Carco de los primeros años, con su personalidad propia y su amable perversidad. Ensayó también, en la novela eslava, «Verotshka ou le Gout du Malheur», los sentimientos e incoherencias de esa raza que los eslavos mismos no consiguen siempre hacer atrayentes.

Estos géneros han sido abandonados. Por ahora, Carco cultiva especialmente dos: uno, que se acerca más al periodismo que a la literatura, lo hace buscar los centros extraños con seres condenados, prisiones de mujeres, colonias penitenciarias, fumerías de opio, y el otro más alto, lo obliga volver a su pasado. Ha publicado ya dos volúmenes de memorias que revelan la discreta melancolía, que permite tal vez comprender el deseo de buscar lo extraordinario, que, sin duda, ha sido siempre la nota dominante del autor. Vuelve al

placer de frecuentar a aquellos cuyo destino es peligroso y él mismo se siente satisfecho al pasar al lado del peligro, porque su calidad de escritor no le evita siempre los riesgos de ser considerado como espía o policial disfrazado, pero no puede dejar de amar el adormecimiento en los medios violentos que impiden meditar sobre su propia personalidad. François Villon tenía tal vez, él también, un dolor secreto que necesitaba calmar en el tumulto de los medios clandestinos.

Carco se complace en evocar la sombra de sus amigos difuntos, de los que luchaban a su lado en los duros años de aprendizaje, pero su predilección va a la imagen muy querida de una muerte que produjo, durante su corto paso por la tierra, una profunda impresión sobre todos los que la conocieron, Catherine Mansfield, de quien fué el más abnegado de los amigos y a quien guió, durante la guerra, en sus primeros pasos en París. En páginas conmovedoras, ha tratado de explicar el encanto que se desprendía de la que, con tan pocos libros, ha podido conquistar un lugar prominente en la literatura inglesa y, seguramente, Carco, con Edmond Jaloux, son los que mejor han comprendido el misticismo que dominaba a la escritora, que la sostuvo durante su larga enfermedad, que le dictó sus más hermosas confesiones recogidas en su admirable «Correspondence», y que, antes de treinta años, le permitió abandonar, sin pesar, esta vida en la modesta aldea del sur de Francia, donde llegó en busca de sol.